

# LOS UNIVERSOS VISLUMBRADOS

Antología de Ciencia Ficción Argentina

**Bajarúa - Bioy Casares**  
**Boido - Borges - Dabove**  
**Fernández - Gandolfo**  
**Gorodischer - Grassi**  
**Mouján - Otaño**  
**Sábato - Suárez**  
**Vanasco**

Selección y notas:  
Jorge A. Sánchez

SEGUNDA EDICIÓN

La voluntad utópica que el fin del milenio concita en los hombres, como larvario de un espacio inasequible e impoluto que desande la entropía hegemónica del universo, encuentra en la ciencia ficción un núcleo eficaz y propicio: una disciplina rectora de la imaginación. *Los Universos Vislumbrados* reúne trece relatos argentinos que, oscilantes entre avatares del género que sistematiza las especulaciones de la mente, solidifican el fervor de una lectura plena: aquella que sacia la sed de un lenguaje pertinaz, definitivo, nuevo, y otorga la posibilidad reflexiva por la emergencia espectral de un cosmos alternativo. Enhebrando nombres capitales de nuestras letras con trayectorias menos célebres, *Los Universos Vislumbrados* instala la certeza de una literatura nacional de fuerte raigambre poética y de una voracidad exaltada, dispuesta siempre a colonizar —a instaurar su demarcación— en todas las comarcas ficticias.

*a Cristina*

*Nada en un principio.*

*En el principio Dios creó los cielos y la Tierra.*

*En el primer día Dios hizo la luz y vio que era buena, dándole el nombre de Día.*

*En el segundo día separó las aguas de las aguas. Y el agua de la tierra seca.*

*En el tercer día Dios hizo la hierba verde y el árbol de fruto. Vio que eran buenos.*

*En el cuarto día Dios hizo el Sol, la Luna y las estrellas.*

*En el quinto día Dios hizo las ballenas y otros mamíferos acuáticos, los peces, los cefalópodos y frutos del mar. También hizo aves e insectos voladores.*

*En el sexto día Dios hizo a todos los animales y luego al hombre.*

*En el séptimo día Dios, habiendo completado su obra, descansó.*

*Y al día siguiente, ya descansado, se fue.*

EMILIO RODRIGUÉ  
«Ocho al infinito»

## PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Cinco años distan para que el hombre penetre en el nuevo milenio. Esa grieta —¿umbral, sentencia, precipicio?— resignifica íntegramente el diseño de los andariveles sociales. La conflagración ideológica, que estas postrimerías ejecutan ávidamente, promete y reclama un anclaje reflexivo libertario para afrontar el sentido ulterior de la existencia. Pero la guadaña del tiempo acecha y afila su designio cada día sobre los márgenes de la hoguera, sin que esa zona heroica anhelada se erija como plataforma sólida para combatir el destierro.

Las utopías, esos *no-lugares* instalados en la imaginación como armas contra el veneno de la realidad, pueden conformar en el estadio terminal que supone el final del siglo y del milenio, geografías fértiles para el dislocado y múltiplemente enardecido —de fervor y de combustión devastadora— dominio perceptivo del hombre. Capturar el espíritu utópico se inscribe como la consigna necesaria. Tal parece ser el mandato: restituir esa ausencia espacial como núcleo refutador del presente, cuyas implicancias desquiciantes concitan una revolución disciplinada, una sedición de ordenadores que sanen esta redundancia de lugar, la omnipresencia material y expugnable que es el mundo.

En una auténtica relación filial con la utopía, la ciencia ficción constituye una de las matrices más acuciosas y eficaces para cumplir los requerimientos perceptivos de la instancia presente.

En concordancia con un auge mundial de los así denominados «géneros menores», que transitan hoy en un reflujo incansable, principalmente enarbolados por el cine, pero también por la crítica cultural, la reedición de *Los universos vislumbrados* —una de las primeras antologías argentinas de ciencia ficción— viene a acompañar un ademán ya instalado por los cultores del género en el país, a las luces del milenio que se acaba.

La reciente reedición de uno de los ensayos más íntegros en lengua española sobre el género, *El mundo de la ciencia ficción*, de Pablo Capanna (Buenos Aires, Ed. Letra Buena, 1992), y la más reciente aparición de *Escalera al cielo* (Buenos Aires, La marca, 1994) —una antología de textos teóricos sobre la utopía y la ciencia ficción—, constituyen movimientos precisos en el desentumecimiento de un espacio narrativo, que luego de haber vencido el desdén de la «alta literatura» se postula hoy como una zona genérica plausible de complejas cavilaciones.

Para proseguir estos gestos, actualmente se encuentra en preparación una segunda antología del género que próximamente formará parte del catálogo de Ed. Andrómeda.

No obstante, toda maquinaria instituida en favor de excitar una órbita de la literatura, es infinitesimal en comparación con la eficacia de la lectura. Discurrir por las páginas de *Los universos vislumbrados* atiza el arrebató irracional que exige —para la saturación gozosa de los sentidos— la instauración de esos no-lugares, furtivas residencias imaginativas del hombre.

La precisa selección de los relatos, que enlaza a algunos de nuestros clásicos del siglo XX con escritores más jóvenes —muchos de los cuales han encontrado diecisiete años después un prestigio merecido que no conocían entonces—, como la completa y puntual revisión de Elvio Gandolfo y la pertinente cronología de Jorge Sánchez y Héctor Pessi-

na, conforman un material inexcusable para todo lector ávido del género y curioso de sus albores en Argentina.

Los trece cuentos recogidos en la antología potencian la certeza de una particularidad vernácula infringida en el género: la densidad de la materia verbal —la palabra— como operador hegemónico de la ficción.

En tal sentido, quizás sea «Gu ta Gutarrak» el relato que mejor atenaza esta premisa, modelando ciertos vocablos de una antiquísima raíz familiar como ejes de traslación hacia espacios insospechados. El pasaje hacia ellos también se posibilita a partir de ciertos términos ignotos en «La trama celeste». Pero lo cierto es que en todas las narraciones rezuma la orientación poética de la palabra que, como es indudable, construye la traza más legítima para la voluntad utópica.

Buenos Aires, julio de 1995

Marcela A. Testadiferro

## INTRODUCCIÓN

Es costumbre que todo antologista que se precie de tal presente su libro. Yo no podía eludir las reglas del Juego. Al igual que Domingo Santos creo que «el único talento que debe reunir un antologista es la oportunidad de leer un determinado número de relatos susceptibles de ser incluidos en ella, escoger los que más le gusten o crean ser más adecuados... y simplemente publicarlos»<sup>[1]</sup>. Eso es más o menos lo realizado aquí, pero es menester tener en cuenta que no siempre los resultados equiparan a las intenciones: por lo general es necesario limitar el material elegido por una u otra causa. En este caso hubo cuentos que no pudieron incluirse, en general por no haber podido contactar al autor o en su defecto a sus representantes. Con la convicción de que ésta no es la última antología de cf argentina que publicamos detallo a continuación los relatos que debieron estar pero...

Julio Cortázar: Instrucciones para John Howell

Eduardo Goligorsky: El vigía

Leopoldo Lugones: Yzur

Alejandro Vignatti: En el primer día del mes del año

Emilio Rodríguez: Viajes

Sólo me resta, antes de dejarlos en las manos de Elvio Gandolfo, agradecer a todos, los que de un modo u otro me han ayudado en la confección de esta antología, especialmente a mi amigo Ramón Lima.

J. A. S.

## PRÓLOGO: LA CIENCIA-FICCIÓN ARGENTINA

La ciencia-ficción argentina no existe. Tal como la define en términos generales (y quizás en ese sentido injustamente) el título de un ensayo francés, en nuestro país es una «sucursal de lo fantástico», o de la literatura. Casi no hay escritores dedicados con exclusividad a su cultivo, ni revistas especializadas que hayan brindado o brinden un campo regular para los relatos locales, ni una cantidad suficiente de autores buenos, mediocres y malos que en su totalidad conformen la existencia de un género con características propias. Sin embargo, una selección más o menos rigurosa de los relatos desperdigados que se relacionan con él puede competir, y hasta destacarse, respecto a antologías similares de países con un desarrollo más amplio y consecuente del género, como España, Francia, o la Unión Soviética.

En la Argentina no existe una crítica especializada de ciencia-ficción digna de ese nombre, y la lectura de los comentarios aparecidos en diarios y revistas es la mejor confirmación. Sin embargo, es en nuestro país donde se publicó uno de los primeros ensayos integrales y extensos de cierta profundidad y con enfoque global.

Entre las escasísimas novelas del género, una de las mejores se expresó a través de un medio poco común: la historieta.

Esas contradicciones y características particulares han ido dibujando, a través del tiempo, una desperdigada red de hilos que aún no se han unido con la densidad necesaria

para formar una corriente. El propósito de este prólogo es describirlos mínimamente, en un inventario con seguridad incompleto que pueda servir de primitivo esquema para manejarse dentro del ambiguo campo de eso que con el tiempo quizá llegue a ser la ciencia-ficción argentina. Un beneficioso efecto lateral sería el de que dos tipos de lectores por lo general separados (el de narrativa a secas y el de ciencia-ficción), a menudo exclusivistas y monotemáticos, vieran aumentado su interés por el otro campo, mutuamente atraídos por la confluencia en todo autor argentino de lo literario y lo prototípico del género, factor que conforma un panorama quizá menos clasificable pero más rico que el que predomina en otros países.

Un primer problema, en una literatura tan rica en relatos fantásticos como lo es la nuestra, es deslindar lo que pertenece a ese género de la ciencia-ficción, ya que la definición de los dos conceptos es aún objeto de intensa controversia en los medios críticos. Nos hemos guiado por los factores más evidentes en primer lugar (utilización muy clara de elementos de ciencia-ficción) y luego por una cuestión de tono, eligiendo lo que evita la atmósfera fatalista, densa e irracional de lo fantástico, a favor del predominio de la inteligencia que busca una clase o de la descripción minuciosa de lo extraño que caracteriza a la ciencia-ficción. La elección está influida también por la amplitud que ha alcanzado el género en los últimos años, de manera tal que no sólo se tendrán en cuenta los cohetes y las sociedades y seres extraños, sino también la exploración de lo psicológico, lo filosófico o lo lingüístico.

Al fin del libro agregamos una bibliografía mínima, realizada con el propósito de ser útiles más al lector que al estudioso, y una Cronología, a cargo de Héctor R. Pessina (uno de los mayores expertos del género) y Jorge A. Sánchez. De allí que se citen las ediciones más fáciles de obtener, no las originales. En el caso de libros de reedición per-

manente, no figura la fecha. Los números indican la sección del prólogo con la que se relacionan los títulos.

## 1 — *Holmberg*

«Soñador de laboratorio», como lo definiera Roberto J. Payró, Eduardo Ladislao Holmberg fue a un mismo tiempo fundador de las ciencias naturales y de la literatura de ciencia-ficción en nuestro país. Ya en su segundo texto narrativo, *Viaje maravilloso del señor Nic-Nac* (1875), desarrollaba un argumento digno de Edgard Rice Burroughs: el protagonista viaja al planeta Marte mediante una técnica de desencarnamiento: deja de comer hasta que su alma se desprende del cuerpo y llega al planeta rojo. Allí se suceden numerosas y confusas aventuras, que son aprovechadas, a partir de la similitud de parte del planeta con nuestra propia zona geográfica, para ejercitar la crítica de costumbres y la ironía. El planeta Marte como contorno se repetirá en «*Insomnio*», un corto texto de 1876.

Aunque algunos de sus relatos sean ubicables dentro de lo fantástico o policial (entre ellos, excelente, «La bolsa de huesos») muchas veces algún fragmento resuena con ecos propios de la ciencia-ficción. Así en «La pipa de Hoffman» (1876) el protagonista penetra en una zona desconocida de lo real a través de los efectos alucinantes de una pipa; la descripción del proceso recuerda, por lo minucioso del detalle y lo concreto de los efectos, a cualquier texto actual sobre el LSD o la mescalina.

La crítica ha exagerado los defectos de su estilo: cierta incoherencia en la construcción, la desprolijidad de lo repentino, la falta de espesor psicológico de los personajes. Lo cierto es que sus relatos se disfrutan hoy más que los de muchos pulidos estilistas. Detrás de ellos se alza, sosteniéndolos, la poderosa y completa personalidad del autor. Holmberg había estudiado medicina, pero casi no llegó a

ejercer. Se dedicó fundamentalmente a las ciencias naturales. En ese terreno se especializó en entomología y botánica. Realizó diversas excursiones científicas, con el propósito de ir levantando el inventario de la flora y la fauna de nuestro país. En cada caso redactó un informe preciso y de rico lenguaje. Se había transformado, por la amplitud de sus intereses y su incansable espíritu de polemista y de trabajador, en un destacado personaje de la época, sobre quien se solían escribir artículos en diarios y revistas de información general. Participó en el establecimiento de la Academia Argentina de Ciencias y Letras, fundó una revista dedicada a las ciencias naturales, fue ardiente defensor del darwinismo. En 1888 lo nombraron director del Zoológico de Buenos Aires y en denodado esfuerzo lo reformó hasta otorgarle el aspecto que aún hoy tiene. Redactó un poema patriótico de 3000 endecasílabos. Su vida y su posteridad no carecieron de sinsabores: cuando había culminado con su sacrificada obra en el zoológico, fue sancionado por motivos burocráticos. Años después de su muerte, cuando ya estaban corregidas las pruebas de página de sus cuentos y novelas, que iban a ser editados por el Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras, se ordenó suspender la edición y fundir los plomos, casi dos toneladas de material. La edición, de más de 600 páginas, era dirigida por Ricardo Rojas. Uno de sus discípulos, Antonio Pagés Larraya, ordenó y prologó admirablemente *Cuentos fantásticos*, una versión reducida de aquéllas, que nos ha permitido entrar en contacto con la obra de Holmberg, desperdigada en publicaciones periódicas y libros inasequibles.

En el estilo de Holmberg influyó sobre todo la sombra de Hoffman, no sólo en el cuento que ya citamos, sino también en otros, como «Horacio Kaliban o los autómatas» (1879), plagado de nombres alemanes, de humor grotesco y robustas descripciones de vinos y viandas. Otras influencias destacadas son la de Poe, Flammarion, Verne, Conan

Doyle, H. G. Wells. De los dos últimos Holmberg había realizado traducciones para las revistas de la época. Entre los intereses extraliterarios trasladados a la obra pueden mencionarse la frenología, el espiritismo, la psicopatología, el darwinismo, la psiquiatría, temas todos que hacían furor en esos años.

En sus relatos campeaba destacadamente, como en otros escritores del 80 (Cané, Wilde, Mansilla) un permanente humor. Al respecto puede citarse la extraña personalidad de «El tipo más original» (1878, inconcluso), descrita por Pagés Larraya en su estudio:

«No solamente es raro el profesor en cuanto a su lenguaje, sino en todo. Viste en forma absolutamente anárquica y pintoresca, habita una casa en la cual ha construido una torre para engañar a los murciélagos, tiene vastas habitaciones llenas de retratos de sabios que desprecia, cajones en donde guardará "objetos que todavía no posee", y ya ha comprado todo el papel donde escribirá su magna obra la *Fauna rusa*, en la cual dedicará quinientas páginas a cada especie, pero de la cual sólo editará cien ejemplares, para que su copioso saber no se divulgue. De más está decir que todavía no ha escrito una línea del fundamental trabajo, y que no piensa completarlo con el estudio de la flora, pues él "no se ocupa de yuyos". Entre sus muchas y extraordinarias teorías tiene una acerca del sonido, por la cual asegura que puede, él solo, cantar una *sinfonía*, y otra acerca de la gimnástica de los nervios. Practicando esta última espera por dormir con sólo medio cuerpo por vez, para poder vigilar constantemente los manuscritos valiosísimos que todavía no ha compuesto, pero que teme le serán robados por un sabio vecino. Además de zoólogo, el profesor Burbullus es un experto fisiólogo, meteorólogo, y sobre todo eximio dibujante».

De todos sus trabajos relacionados con el género, el más perfecto es sin duda «Horacio Kalibang o los autómatas». Influida hasta cierto por «El hombre de arena» de Hoffman, construye con intensidad y casi sin digresiones una red alrededor de un fabricante de autómatas, que llega a poner en duda, en las últimas líneas, la realidad de todas las personas, y en consecuencia del mundo supuestamente real, en la mejor tradición de Philip K. Dick.

Aparte de los títulos anteriores podemos mencionar, sin conocerlos, «Filigranas de cera» (1884), una teoría acerca de la posibilidad de volver a oír los sonidos grabados en el cerumen del oído, y uno de sus relatos inéditos, que por su título recuerda a Lovecraft: «El viaje por el método de Litu-ria».

## 2 — Lugones

En 1896 Leopoldo Lugones comentó generosamente «Nelly», uno de los cuentos fantásticos de Holmberg. Exactamente diez años más tarde reuniría en *Las fuerzas extrañas* (1906) una docena de relatos y una teoría del cosmos que constituyen un pilar fundamental del desarrollo de la literatura fantástica y de ciencia-ficción en nuestro país.

Si aún en los más oscuros relatos de Holmberg predominaba un esencial optimismo, donde los arranques dramáticos sonaban más a decoración romántica que a verdadera convicción del autor, inmerso como estaba en el positivismo de la generación del 80, en Lugones se advierten las contradicciones y desgarramientos que marcan el paso del siglo XIX al XX. Por un lado está el amasijo de teorías ocultistas, espiritistas y parapsicológicas cuya validez aún hoy no se ha resuelto, por el otro el avance de las teorías más modernas sobre la física y las matemáticas. Respecto a lo primero, Lugones fue un decidido seguidor de las teorías teosóficas, sobre todo de Madame Blavatsky, de la que ha-